

var cada día con él la propia cruz, perseverando con fidelidad, a la mayor gloria de Dios.

Los temas son pues de gran consuelo, Se configura la trama de un completo itinerario de fe cristiana, mucho más allá de una simple devoción mariana. Se podía intuir que tras el Tratado, hubiera otra cosa más: otros escritos, elección de vida, enseñanzas de Montfort. Entre ellos, El Amor de la Sabiduría eterna, Ahora parece lógico, mas antes no se había pensado en ello o al menos no se le había dado la importancia debida.

¡Del caso humano e histórico de San Luis María Grignon de Montfort emerge siempre algo curioso, extraño, providencial! Montfort muere con sólo 43 años, en 1716. Sus escritos -viviendo el autor- permanecieron generalmente inéditos y a menudo inacabados. La obra mayor, por su volumen, son los Cánticos, Más de 20.000 versos, utilizados en la predicación de las misiones al pueblo. En cuanto al resto, nada de voluminoso; solo escritos breves, apresurados, pero densos de doctrina, inspirados y profundos, como los de los grandes profetas que te hablan en nombre de Dios y conmueven el alma.

Así ha sido para el Tratado de la Verdadera devoción a María, un librito de nada, permanecido escondido hasta 1842, que ha dado después la vuelta al mundo en un tiempo record, traducido a decenas de lenguas, alimentando la fe de la gente sencilla, saciando la sed de perfección de muchas almas, inspirando a fundadores, animando a apóstoles, formando santos.

Sólo después de la publicación del Tratado se pensó en editar El Amor de la Sabiduría eterna. Han transcurrido 140 años desde aquella primera edición, mas la obra es todavía desconocida. Sin embargo, la fuerza no es menor y los contenidos son por el contrario más vastos, suministrando el cuadro general de la enseñanza espiritual de Grignon de Montfort.

2. Dios nos ama primero

La fecha de composición del Amor de la Sabiduría eterna no es conocida con certeza. Con buenas razones se hace la hipótesis del 1703-1704. Montfort tenía por lo tanto sólo 30 años, pero estaba viviendo un período difícil. Era sacerdote desde hacía varios años, pero todavía no había encontrado un modo satisfactorio de serlo. Quería llegar al pueblo, especialmente a los pobres, pobre él mismo. Deseaba predicar misiones y enseñar el catecismo. No quería colocarse en una cómoda posición; prefería ser itinerante, siempre pronto a emprender algo por Dios. Mas el entusiasmo de los primeros años se encontró con numerosas dificultades, incomprendimientos y oposiciones. Era la crisis. Y Montfort sintió la necesidad de volver a comenzar desde Dios. Releyendo los cuadernos de los apuntes tomados en el seminario, vuelve a tomar con fuerza su “Dios solo”.

Y vuelve a aparecer el Dios-Sabiduría, lleno de misericordia, que nos ama el primero y viene en búsqueda de cada uno de nosotros, como un enamorado para su enamorada. En los autores espirituales -como Suso, Boudon y Saint-Jure- había leído sobre este amor de Dios llevado

al exceso. Ahora lo volvía a meditar de forma nueva, a la luz de la difícil experiencia vivida. Se había establecido en París por algunos meses, en la soledad de un cuartucho y frecuentando los jesuitas de una comunidad vecina. De la Biblia le inspiran de un modo particular los libros sapienciales. Reconstruyó a su gusto la historia del amor de Dios por la humanidad.

La Sabiduría eterna en el seno del Padre, como suprema belleza, reflejo de la luz perenne e imagen de la bondad de Dios (nn. 16-19); la misma sabiduría que resplandece en la creación del mundo (nn. 31-34) y sobre todo en su imagen viviente, que es el hombre (nn. 35-38). Destruído por el pecado, la obra maestra de Dios ahora rota, encuentra sólo en la Sabiduría el amor incomprensible que se estimula hasta el exceso y decide salvar al hombre que ama (nn. 39-46). Montfort siente que este sol del amor de Dios por nosotros vuelve a iluminar su misma vida y a calentar su soledad. Hojeando el texto sagrado, vuelve a encontrar en el Antiguo Testamento los gestos de amor de la Sabiduría; compara la palabra de Ella con la carta de una enamorada a su amante y ve a esta Sabiduría correr por el mundo en busca del hombre, deseosa de amarlo y de hacerlo feliz (nn. 47-73).

3. El Amor de Jesucristo

Por último, “el turbulento río de la infinita bondad de Dios, desemboca en el misterio de la Encarnación; ¡la Sabiduría se construyó una casa... creó y formó a la divina María... obra maestra del Altísimo, milagro de la Sabiduría increada, prodigio de la omnipotencia, abismo de gracia!” En ella se cumple “la más alta maravilla del cielo y la tierra, el prodigioso exceso del amor de Dios” y la Sabiduría eterna y encarnada, el Verbo de Dios se ha hecho hombre, Jesucristo, Salvador (nn. 104-108).

Brevísimamente, Montfort reescribe de su puño y letra la vida de Jesús de Nazaret, como para hacerla suya de una vez, firmándola personalmente y transformándola en profesión de fe (nn. 109-116). Después se abandona finalmente a la contemplación de Jesucristo. La Sabiduría encarnada se le aparece bajo una nueva luz, quizá más verdadera que aquella transmitida por los libros de teología. En primer plano están la belleza, la dulzura y la misericordia de Jesucristo, rostro del amor de Dios para nosotros, aparecido de modo suave y benigno, tierno como un esposo, dulce como un amigo (nn. 117-132). Pasan delante de los ojos las imágenes del buen pastor, del amigo de los pecadores, de los pobres y de los niños, siempre pronto a aliviar, curar y animar. Esta Sabiduría eterna “nos ha amado y nos ama más que a su vida; su belleza y dulzura sobrepasan lo que hay de más bello en el cielo y en la tierra” (n. 131).

¿Y las palabras de Jesús? ¡Qué tesoro! Montfort las llama “oráculos de la Sabiduría” (nn. 133-152). Las transcribe una tras otra, recogéndolas como piedras preciosas. ¡Bienaventurados los que acogen estas palabras de la Sabiduría y las ponen en práctica! ¡Bienaventurados los que las enseñan a los otros! “Ellos brillarán como las estrellas en el cielo por toda la eternidad” (n. 153). A Montfort le parece que la verdadera alegría espiritual puede venir sólo